



- ◆ Trabajo realizado por el equipo de la Biblioteca Digital de la Fundación Universitaria San Pablo-CEU
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 del T.R.L.P.I. (Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 12 abril 1996)

Capítulo 10

Desarrollo psicosocial en la niñez intermedia



¿Alguna vez te has sentido como un don nadie? Sólo una minúscula partícula de aire. Todos están alrededor tuyo pero tú simplemente no estás ahí.

Karen Crawford, 9 años

Enfoque:

Marian Anderson, pionera en el campo de la ópera*

La contralto afroamericana Marian Anderson (1902-1993) tenía una voz que –según las propias palabras de su gran conductor italiano Arturo Toscanini– sólo se escucha “una vez cada cien años”. También fue una pionera en el derrumbamiento de las barreras raciales. Rechazada por una escuela musical en Filadelfia, su ciudad natal, tomó clases particulares de canto y en 1925 ganó un concurso nacional para cantar con la Filarmonía de Nueva York. Se presentó en las capitales europeas durante los años treinta pero a menudo se vio obligada a soportar un tratamiento de segunda clase en su propio país. Cuando le fue negado el uso de una sala de conciertos en Washington D.C., la primera dama Eleanor Roosevelt dispuso que cantara en las escaleras del monumento Lincoln Memorial. La inusitada interpretación del Domingo de Pascua de 1939 congregó a 75,000 personas y fue transmitida a varios millones. Algunas semanas después, Marian Anderson fue la primera intérprete de raza negra que cantó en la Casa Blanca. Pero sólo fue hasta 1955, un año después de que la Corte Suprema declarara ilegales las escuelas públicas discriminatorias, cuando Marian, que a la sazón contaba con 57 años, se convirtió en la primera persona de su raza en cantar con la Ópera Metropolitana de Nueva York.

Tras “la trayectoria iniciada por esta mujer en una habitación de alquiler en el sur de Filadelfia” existe una admirable historia (McKay, 1992, p. xxx). Se trata de un relato de edificantes vínculos familiares, lazos de mutuo apoyo, cuidado e interés que se transmitieron de una generación a otra.

Marian Anderson fue la hija mayor de John y Annie Anderson. Dos años después de su nacimiento, la familia abandonó su apartamento de una habitación para mudarse a casa de sus abuelos paternos y posteriormente, tras la llegada de dos niñas más, a una pequeña casa alquilada cercana. John Anderson sostuvo a su familia, entre otros oficios, vendiendo hielo y carbón puerta a puerta.

* La principal fuente del material biográfico acerca de Marian Anderson y su familia fue Anderson (1992). Algunos detalles provienen de Kernan (1993) y de los obituarios publicados por *Time* (abril 19 de 1993), *People Weekly*, *The New Yorker* y *Jet* (abril 26 de 1993).

CONTENIDO

Enfoque: Marian Anderson, pionera en el campo de la ópera

El yo en desarrollo

Sistemas de representación:
una perspectiva neopiagetiana

Autoestima

Crecimiento emocional

El niño en la familia

Atmósfera familiar

Estructura familiar

Relaciones con los abuelos

Relaciones entre hermanos

El niño en el grupo de pares

Efectos positivos y negativos de las relaciones con los pares

Popularidad

Amistad

Agresión e intimidación

Salud mental

Perturbaciones

emocionales comunes

Técnicas de tratamiento

Estrés y flexibilidad

Los padres de Marian fomentaron su amor por el canto. A los 6 años de edad, se unió al coro juvenil de la iglesia. Allí entabló amistad con Viola Johnson, quien vivía en frente del hogar de los Anderson. Al cabo de uno o dos años, ellas cantaron a dúo, la primera interpretación pública de Marian. Dos años después, Marian comenzó a cantar con el coro de mayores, entonando a dúo con su tía, quien además dispuso que participara en un concierto de beneficencia.

Cuando Marian tenía 10 años, su amado padre falleció y la familia se mudó nuevamente a casa de los abuelos paternos donde también residía una hermana de su padre y sus dos hijas. El abuelo de Marian tenía un empleo estable. Su abuela cuidaba de todos los niños, su tía se encargaba de la casa y su madre contribuía preparando las comidas, trabajando como limpiadora y lavando ropa ajena, que era distribuida por Marian y su hermana Alice.

Años más tarde, la cantante conservaba vivos recuerdos de su abuela: "Lo que ella decía era ley... La abuela amaba a los niños y siempre tuvo montones de ellos viviendo en su casa... Se encargó de que cada uno de nosotros tuviera pequeños quehaceres... Además había cosas útiles por aprender... cómo compartir un techo con otras personas, cómo comprender sus acciones y respetar sus derechos y privilegios" (Anderson, 1992, pp. 17-18).

Pero las influencias más importantes en la vida de Marian Anderson fueron el consejo, el ejemplo y la orientación espiritual de su trabajadora madre, quien era su incansable apoyo. Annie Anderson, que había sido maestra en Virginia, su estado natal, otorgó gran importancia a la educación de sus hijos y se encargó de que no eludieran sus deberes. Incluso cuando trabajaba el día entero, ella preparaba la cena cada noche y enseñó a Marian a coser su propia ropa. "No puedo recordar una sola ocasión en la que mi madre nos hubiera levantado la voz con enojo", escribió Marian. "Cuando nos corregía empleaba un tono de plática. Ella podía ser firme y nosotros aprendimos a respetar sus deseos" (Anderson, 1992, p. 92).

Después de convertirse en una reconocida concertista, Marian retornó con frecuencia a su antiguo vecindario en Filadelfia. Su madre y su hermana Alice compartían una modesta vivienda mientras su otra hermana, Ethel, vivía con su hijo en la casa contigua.

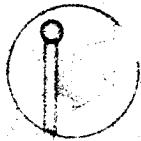
"Lo más placentero del mundo es ir a ese hogar y sentir su felicidad..." escribió la cantante. "Todos están a gusto y se alientan y protegen entre sí... Yo sé que a mi madre le alegra tener cerca a su nieto mientras crece, como también pienso que cuando él sea hombre y haga su propia vida, tendrá gratos recuerdos de su hogar y su familia" (1992, p. 93). En 1992, Marian Anderson —viuda, sin hijos y débil a los 95 años de edad— se mudó a vivir con su sobrino, James DePriest, entonces director musical de la Sinfonía de Oregon. Ella murió de apoplejía en su casa al año siguiente. ☞

Marian Anderson "vivió en medio de trascendentales cambios en Estados Unidos y el mundo" y la vida afroamericana (McKay, 1992, p. xxiv), pero algo que nunca varió fue la firme red de relaciones de apoyo que sostuvieron ella y su familia. La clase de hogar en la que un niño reside y las relaciones dentro de éste pueden tener profundos efectos sobre el desarrollo psicosocial durante la niñez intermedia, cuando los niños están desarrollando un sentido más fuerte de lo que significa ser miembros responsables y útiles primero a la familia y posteriormente a la sociedad. La familia hace parte de un conjunto de influencias contextuales que incluye el grupo de pares, la escuela y el vecindario en el cual reside el grupo familiar. La primera amiga de Marian Anderson, el coro de su iglesia y los vecinos para quienes realizó diversos trabajos con el fin de costearse un violín, participaron todos en su desarrollo. Por encima de estas influencias estaban los humillantes patrones culturales de la época y el lugar, los cuales representaban desafíos especiales para las familias y comunidades afroamericanas y motivaron respuestas de apoyo mutuo.

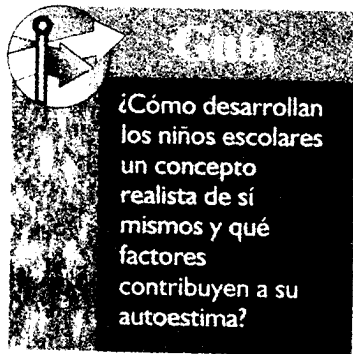
En este capítulo esbozaremos las ricas y variadas vidas emocionales y sociales de los niños en edad escolar. Veremos cómo los jovencitos desarrollan un concepto más realista de sí mismos y cómo llegan a ser más seguros e independientes y a controlar sus emociones. Al estar con sus pares (como la amiga de Marian Anderson,

Viola Johnson) hacen descubrimientos acerca de sus propias actitudes, valores y habilidades. No obstante, como lo demuestra la historia de Marian Anderson, la familia continúa ejerciendo una influencia vital. Las vidas de los niños se ven afectadas no sólo por el modo como sus padres enfocan la tarea de su crianza, sino también por el hecho de contar o no con un empleo y el tipo del mismo, las circunstancias económicas de la familia, y su estructura o composición –si el niño vive con uno o ambos progenitores, si tiene o no hermanos y cuántos, y si el hogar incluye o no otros parientes como los abuelos, la tía y los primos de Marian. Aunque la mayoría de los niños son emocionalmente sanos, algunos sufren problemas de salud mental; consideraremos varios de ellos. También describiremos a los niños flexibles que abandonan más sanos y fuertes las tensiones de la niñez.

Después de haber leído y estudiado este capítulo, estará en capacidad de responder las siguientes preguntas:



1. ¿Cómo describirían los niños en edad escolar un concepto realista de sí mismos y qué factores contribuyen a su autoestima?
2. ¿De qué modo demuestran su crecimiento emocional los niños a esta edad?
3. ¿Cómo cambian las relaciones entre los padres y los hijos en la niñez intermedia?
4. ¿Cuáles son los efectos del trabajo de los progenitores y de la pobreza sobre la estructura familiar?
5. ¿Qué impacto produce la estructura familiar en el desarrollo de los niños?
6. ¿De qué manera resultan afectadas las relaciones con los abuelos por situaciones como el divorcio y el empleo de la madre, entre otras?
7. ¿Cómo influyen y se relacionan los hermanos entre sí?
8. ¿De qué modo cambian las relaciones con los pares en la niñez intermedia y qué aspectos influyen en la popularidad y la selección de los amigos?
9. ¿Cuáles son las formas más frecuentes del comportamiento agresivo en la niñez intermedia y qué influencias contribuyen a éste?
10. ¿Cuáles son algunos trastornos emocionales frecuentes y cómo son tratados?
11. ¿Cómo afectan a los niños las tensiones de la vida moderna y qué perfiles a los niños "flexibles" tolerancias?



¿Cómo desarrollan los niños escolares un concepto realista de sí mismos y qué factores contribuyen a su autoestima?

El crecimiento cognitivo que ocurre durante la niñez intermedia permite a los jovencitos desarrollar conceptos más complejos sobre sí mismos y aumentar su comprensión y control emocional.

Sistemas de representación: una perspectiva neopiagetiana

Ya desde los 4 años, los niños demuestran a través de su comportamiento que poseen un sentido de su propio valor, aunque los juicios acerca de sí mismos se tornan más realistas, equilibrados, comprensivos y son expresados más conscientemente en la niñez intermedia (Harter, 1996, 1998).

“En el colegio me siento muy inteligente en ciertas áreas, lenguaje y sociales”, dice Lisa a sus 8 años. “En mi último informe obtuve excelentes calificaciones en estas materias y me sentí muy orgullosa de mí misma. Pero me estoy sintiendo muy tonta en matemáticas y ciencias, especialmente cuando veo lo bien que les va a los demás niños... Todavía me gusto como persona ya que matemáticas y ciencias no son tan importantes para mí. Me parece más valioso cómo luzco y qué tan popular soy” (Harter, 1996, p. 208).

Alrededor de los 7 u 8 años de edad, los niños alcanzan la tercera de las etapas del desarrollo del autoconcepto de Piaget descritas en el capítulo 8. Ellos poseen ahora la capacidad cognitiva para formar **sistemas de representación**: autoconceptos amplios e inclusivos que integran diferentes aspectos del yo (Harter, 1993, 1996, 1998). Lisa puede enfocar más de una dimensión de sí misma. Ha superado la autodefinición de todo o nada, blanco o negro; reconoce que puede ser “inteligente” en ciertas áreas y “tonta” en otras. Sus autodescripciones son más equilibradas; puede expresar mejor su autoconcepto y considerar diferentes aspectos del mismo (“Cómo luzco y qué tan popular soy es más importante...”). Ella puede equiparar su *yo real* con su *yo ideal* y juzgar qué tan a la altura de los estándares sociales se encuentra en comparación con los demás. Todos estos cambios contribuyen al desarrollo de su autoestima, la valoración de su *propio valor global* (“Me gusto como persona”).

Autoestima

Kendall tiene una elevada autoestima. Es seguro, curioso e independiente. Confía en sus propias ideas, afronta los desafíos e inicia las nuevas actividades con decisión, se describe a sí mismo positivamente y se enorgullece de lo que hace. Se adapta con bastante facilidad al cambio, tolera la frustración, persevera en la consecución de sus objetivos y puede manejar las críticas. Kerry, en contraste, tiene una baja autoestima. Él se describe a sí mismo negativamente, no confía en sus propias ideas, no se enorgullece ni se siente seguro de su trabajo, luce deprimido, se sienta lejos de los demás niños y se retrae y observa en lugar de explorar por su propia iniciativa. Se rinde fácilmente cuando se siente frustrado y reacciona en forma inmadura al estrés.

¿A qué se debe la notable diferencia entre estos dos niños? ¿Por qué uno tiene sentimientos tan positivos respecto a sí mismo mientras el otro posee sentimientos tan negativos?

De acuerdo con Erikson (1982), un determinante fundamental de la autoestima es la visión que tienen los niños de su capacidad para el trabajo productivo. El punto que debe ser resuelto en la crisis de la niñez intermedia es la **suficiencia frente a inferioridad**. La “virtud” que se desarrolla con la exitosa solución de esta crisis es la *competencia*, la visión de sí mismo como alguien capaz de dominar las habilidades y realizar las tareas.

Los niños deben aprender habilidades valoradas por su sociedad. En Nueva Guinea, los niños arapesh aprenden a hacer arcos y flechas y a colocar trampas para las ratas; las niñas aprenden a sembrar, desmalezar y cosechar. En Alaska, los niños inuit aprenden a cazar y pescar. En los países industrializados aprenden a

sistemas de representación

En la terminología neopiagetiana, tercera etapa del desarrollo de la autodefinición, caracterizada por la amplitud, el equilibrio, la integración y valoración de diversos aspectos del yo.

suficiencia frente a inferioridad

En la teoría de Erikson, cuarta alternativa crítica del desarrollo psicossocial que ocurre durante la niñez intermedia y en la cual los niños deben aprender habilidades productivas requeridas por su cultura o afrontar sentimientos de inferioridad.

leer, escribir, contar y utilizar las computadoras. Igual que Marian Anderson, muchos niños aprenden labores domésticas y colaboran en trabajos singulares. Ellos comparan sus capacidades con las de sus pares; si se sienten incómodos, pueden refugiarse bajo el brazo protector de la familia. Si por el contrario se tornan demasiado suficientes, pueden descuidar las relaciones sociales y convertirse en "adictos al trabajo".

Una visión diferente de las fuentes de valor propio proviene de la investigación de Susan Harter (1985, 1990, 1993). Harter (1985) solicitó a niños de 8 a 12 años que calificaran su aspecto, comportamiento, desempeño escolar, capacidad atlética y aceptación entre los demás niños y que valoraran cómo cada una de estas áreas afectaba la opinión que tenían de sí mismos. Los niños calificaron el aspecto físico como lo más importante. La aceptación social ocupó el segundo lugar. Menos esenciales fueron los deberes escolares, la conducta y las condiciones atléticas. Por consiguiente, en contraste con el alto valor otorgado por Erikson al dominio de las habilidades, Harter sugiere que los escolares de hoy, por lo menos en Norteamérica, se juzgan más a sí mismos por su adecuado aspecto y popularidad.

Un importante contribuyente a la autoestima es el respaldo social, inicialmente de sus progenitores y compañeros de clase y posteriormente de amigos y profesores. ¿Les agrada y se preocupan ellos por el niño? ¿Lo tratan como una persona importante y que tiene cosas valiosas que decir? Incluso si Mike piensa que es importante ser apuesto e inteligente y considera que él cumple ambas condiciones, su autoestima sufrirá si no se siente valorado por las personas importantes en su vida. Sin embargo, el respaldo social generalmente no compensa una baja autoevaluación. Si Juanita considera que los deportes son esenciales pero que ella no es atlética, perderá autoestima independientemente de los elogios que reciba de parte de los demás.

Los niños que son socialmente reservados o aislados (como Kerry en nuestro ejemplo inicial) pueden preocuparse demasiado por su desempeño en las situaciones sociales. Es posible que atribuyan el rechazo a las propias deficiencias de su personalidad, la cual se consideran incapaces de cambiar. En lugar de intentar nuevos métodos para obtener la aprobación, repiten las estrategias infructuosas o simplemente se rinden. (Esto es similar al "patrón de indefensión" de los niños más pequeños, descrito en el capítulo 8.) Los niños como Kendall, por otra parte, suelen atribuir el fracaso a factores ajenos a sí mismos o a la necesidad de realizar un mayor esfuerzo. Si inicialmente no tienen éxito, ellos perseveran, ensayando nuevas estrategias hasta encontrar una que dé resultado (Erdley, Cain, Loomis, Dumas-Hines y Dweck, 1997).

Crecimiento emocional

A los 7 u 8 años, los niños característicamente han internalizado la vergüenza y el orgullo (remítase al capítulo 8). Estas emociones, que dependen del conocimiento de las implicaciones de sus acciones y de la clase de socialización recibida por los niños, afectan su opinión respecto a sí mismos (Harter, 1993, 1996). Los niños también son capaces de expresar emociones conflictivas. Según manifiesta Lisa, "La mayoría de los niños del colegio son muy fastidiosos. No me siento así respecto a mi hermano menor Jason, aunque a veces me molesta. Yo lo quiero pero al mismo tiempo él también hace cosas que me disgustan. Pero yo controlo mi temperamento, me sentiría avergonzada de mí misma si no lo hiciera" (Harter, 1996, p. 208).

A medida que crecen, los niños son más conscientes de sus propios sentimientos y de los de las demás personas. Pueden controlar mejor su expresión emocional en las situaciones sociales y responder a la ansiedad emocional de los otros (Saarni, Mumme y Campos, 1998).

Un aspecto del crecimiento emocional consiste en el control de las emociones negativas. Los niños descubren lo que les produce enfado, miedo o tristeza y cómo otras personas reaccionan ante la presión de estas emociones y aprenden a modificar su comportamiento en consecuencia. Ellos asimilan la diferencia entre sentir

EVALUACIÓN

¿Puede usted...

- ✓ indicar cómo, desde una perspectiva neopiagetiana, se desarrolla el autoconcepto en la niñez intermedia en comparación con la niñez temprana?
- ✓ comparar los puntos de vista de Erikson y Harter respecto a las fuentes de la autoestima?
- ✓ describir cómo el "patrón de indefensión" puede afectar las reacciones de los niños ante el rechazo social?



¿De qué modo demuestran su crecimiento emocional los niños a esta edad?

una emoción y expresarla. Los niños de kinder creen que un progenitor puede lograr que su hijo se sienta menos triste pidiéndole que deje de llorar o que sienta menos aprensión ante un perro asegurándole que no hay nada que temer. Los niños de sexto grado saben que las emociones reprimidas persisten (Rotenberg y Eisenberg, 1997).

¿Por qué contienen los niños la emoción? La razón más común es la autoprotección, para evitar el ridículo o el rechazo. Una segunda razón estriba en no disgustar a otra persona. Los niños de quinto grado son más conscientes que los de primero de las "reglas" sociales respecto a exteriorizar la emoción. Las niñas están más dispuestas que los niños a manifestar tristeza o dolor y tienden más a esperar respaldo emocional (Zeman y Garber, 1996). Los niños cuyas madres los animan a expresar sus sentimientos constructivamente y los ayudan a enfocarse en solucionar la raíz del problema suelen desenvolverse con mayor eficiencia y tener mejores habilidades sociales que aquellos cuyas madres menosprecian sus sentimientos minimizando la gravedad de la situación (Eisenberg, Fabes y Murphy, 1996).

Incluso los niños más pequeños demuestran *empatía*, que consiste en comprender lo que otra persona está sintiendo (remítase al capítulo 8), pero en la niñez intermedia esta propiedad aumenta y los niños propenden más al comportamiento prosocial. Este último es señal de una adaptación positiva. Los niños prosociales suelen actuar en forma correcta en situaciones sociales, carecer relativamente de emociones negativas y afrontar de manera constructiva los problemas (Eisenberg *et al.*, 1996).

EVALUACIÓN

¿Puede usted...

- ✓ identificar algunos aspectos del crecimiento emocional en la niñez intermedia?

El niño en la familia

¿Cómo cambian las relaciones entre los padres y los hijos en la niñez intermedia?

Los niños en edad escolar pasan más tiempo lejos de su hogar que cuando eran menores y son menos cercanos a sus padres (Hofferth, 1998). Debido al aumento de las familias con doble ingreso y monoparentales, el mayor énfasis en la educación y el acelerado ritmo de vida familiar, los niños pasan más tiempo que la generación previa en el colegio o jardín infantil y en actividades organizadas. Ellos cuentan con menos tiempo libre para el juego no estructurado, las actividades al aire libre y las plácidas cenas familiares. Gran parte del tiempo que los progenitores y los niños pasan juntos está centrado en quehaceres: ir de compras, preparar las comidas, limpiar la casa y hacer los deberes (Hofferth y Sandberg, 1998). Sin embargo, el hogar y las personas que allí residen continúan siendo una parte importante en la vida de un niño.

Para comprender al niño en la familia debemos considerar el entorno familiar, su atmósfera y estructura. Éstas a su vez son afectadas por lo que sucede fuera de las paredes del hogar. Según lo describe la teoría de Bronfenbrenner, los niveles adicionales de influencia –incluyendo el trabajo y la condición socioeconómica de los progenitores y las tendencias sociales como la urbanización, los cambios en el tamaño de la familia, el divorcio y las nuevas nupcias– ayudan a dar forma al entorno familiar y por tanto al desarrollo de los niños.

Más allá de estas influencias están las experiencias culturales y los valores que definen el ritmo de la vida familiar y los papeles de sus integrantes. Generalmente los niños socializan de forma diferente en las familias pertenecientes a minorías étnicas que en las de raza blanca. Por ejemplo, las familias afroamericanas como la de Marian Anderson han conservado las tradiciones de las familias africanas extendidas, las cuales les han ayudado a adaptarse a la vida en Estados Unidos. Estas tradiciones incluyen vivir con parientes o cerca de ellos, tener contacto frecuente con ellos, un firme sentido de la obligación familiar, la disposición para aceptar a otros familiares en el hogar y un sistema de ayuda mutua. Entre las principales metas de los progenitores están enseñar a sus hijos a afrontar la discriminación racial (como el rechazo de Marian en la escuela de música) e inculcarles orgullo por su raza (Parke y Buriel, 1998).

Por lo tanto, mientras analizamos al niño en la familia debemos tener en cuenta las influencias externas que la afectan.

Atmósfera familiar

Las influencias más importantes del entorno familiar sobre el desarrollo de los niños provienen de la atmósfera en el seno del hogar. ¿Es ésta de respaldo y amorosa o está regida por conflictos? ¿Cuenta la familia con dinero suficiente para suplir las necesidades básicas? A menudo estas dos facetas de la atmósfera familiar están relacionadas entre sí.

Aspectos de la crianza: correulación y disciplina

Al tiempo que las vidas de los niños se transforman, también lo hacen los asuntos entre ellos y sus progenitores y las formas en las cuales éstos son resueltos. Durante el transcurso de la niñez, el control del comportamiento pasa gradualmente de los progenitores al hijo. La adquisición de la autorregulación por parte de un preescolar (remítase al capítulo 6) reduce la necesidad de supervisión constante, puesto que (generalmente) puede confiarse en que el niño seguirá las reglas de sus progenitores cuando éstos no estén presentes. No obstante, el poder radica totalmente en los padres. Sólo hasta la adolescencia o incluso después cuando a muchos jóvenes se les permite decidir hasta qué hora pueden permanecer despiertos y cómo gastar su dinero.

La niñez intermedia es la etapa transicional de la **correulación**, en la cual progenitor e hijo comparten el poder: los padres supervisan pero los niños ejercen continuamente la autorregulación (Maccoby, 1984). En los problemas con los pares, por ejemplo, los progenitores ahora recurren menos a la supervisión o el manejo directo y más a la consulta y discusión con su propio hijo (Parke y Buriel, 1998). Los niños están más dispuestos a seguir los deseos o consejos de sus padres cuando reconocen que ellos están siendo justos y se preocupan por su bienestar y que posiblemente "saben más" debido a su experiencia. También resulta útil si los padres tratan de remitirse al juicio cada vez más maduro de los niños y a pronunciarse firmemente sólo en cuanto a los aspectos importantes (Maccoby, 1984).

correulación

Etapa de transición en el control del comportamiento en la cual los padres ejercen una supervisión general y los niños una autorregulación continua.



Aunque los niños en edad escolar pasan menos tiempo en su hogar que antes, los padres continúan siendo muy importantes en sus vidas. Aquellos que disfrutaban la compañía de sus hijos suelen criar niños que se sienten bien respecto a sí mismos y respecto a sus padres.

Los procesos por medio de los cuales padres e hijos resuelven los conflictos pueden ser más importantes que los resultados específicos. A través del conflicto familiar, los niños aprenden las reglas y estándares del comportamiento. También descubren las clases de asuntos que vale la pena discutir y las estrategias que pueden resultar efectivas (A. R. Eisenberg, 1996).

A medida que los niños se convierten en preadolescentes y su deseo de autonomía se hace más insistente, la calidad de la solución y negociación de los problemas familiares con frecuencia se deteriora. En un estudio, 63 familias compuestas por ambos progenitores con hijos en cuarto grado grabaron las discusiones domésticas de dos problemas (por ejemplo, respecto a la mesada, la hora de acostarse y los quehaceres) surgidos en el último mes, un tema elegido por el niño y otro por los progenitores. Las familias repitieron el procedimiento al cabo de dos años. Entre las edades de 9 y 11 años, la participación de los niños fue más negativa, especialmente al discutir los temas seleccionados por los padres. No importaba cuál fuera el asunto; aparentemente el punto básico era "quién está al mando" (Vuchinich, Angelelli y Gatherum, 1996).

El cambio hacia la coregulación afecta la forma en la cual los padres manejan la disciplina (Maccoby, 1984; Roberts, Block y Block, 1984). Es muy probable que los progenitores de los niños en edad escolar empleen técnicas inductivas que incluyen el razonamiento. Por ejemplo, el padre de Jared, quien tiene 8 años, señala cómo sus acciones afectan a los demás: "Golpear a Jermaine lo lastima y hace que se sienta mal". En otras situaciones, los padres de Jared pueden recurrir a su autoestima ("¿Qué sucedió con el servicial niño que estuvo aquí ayer?"), sentido del humor ("Si pasas otro día sin bañarte, ¡vamos a darnos cuenta cuando llegas sin necesidad de verte!"), valores morales ("Un chico grande y fuerte como tú no debería viajar sentado en el tren dejando a una persona mayor de pie") o afecto ("¿No te alegra saber que tu padre se interesa por recordarte que utilices las botas para que no te resfríes?"). Por encima de todo, los progenitores de Jared le hacen saber que debe asumir las consecuencias de su comportamiento ("No nos sorprende que hayas perdido el bus escolar hoy; ¡estuviste despierto hasta muy tarde anoche! Ahora tendrás que caminar hasta el colegio").

Aunque el castigo corporal disminuye a medida que los niños crecen, aproximadamente la mitad de los adolescentes menores aún son sometidos a él (Straus, 1994; Straus y Donnelly, 1993). El castigo corporal puede ser contraproducente. A juzgar por las entrevistas a una muestra nacional de madres de niños de 6 a 9 años, éste tiende a aumentar el comportamiento antisocial en lugar de reducirlo; cuanto más frecuentes sean las palizas y más perduren, mayor la probabilidad de problemas (Straus, Sugarman y Giles-Sims, 1997).

Efectos del trabajo de los progenitores

En la actualidad, aproximadamente tres de cada cuatro madres de niños en edad escolar pertenecen a la fuerza laboral en Estados Unidos (Children's Defense Fund, 1998). En Canadá, cerca de tres cuartas partes de las mujeres en los años fundamentales de la edad reproductiva (25 a 34 años) y la crianza de los hijos son empleadas asalariadas (Sorrentino, 1990). Dado que más de la mitad de las nuevas madres en Estados Unidos regresan al trabajo antes de transcurrido un año de haber dado a luz (Bureau of Labor Statistics, 1999a), muchos niños no han disfrutado nunca una época en la cual sus madres *no* estuvieran laborando por un salario. El impacto del trabajo de la madre depende de muchos factores que incluyen la edad del niño, su sexo, temperamento y personalidad; el que ella labore media jornada o tiempo completo; la razón de su trabajo y cómo se siente respecto al mismo; si cuenta o no con el apoyo de su compañero, o si no tiene ninguno; la condición socioeconómica de la familia y la clase de cuidado que el niño recibe antes y/o después de clases.

Cuando se cuenta con un conveniente cuidado infantil y es posible costearlo, es probable que los niños se desenvuelvan bien (Parke y Buriel, 1998). Algunos niños cuyos progenitores trabajan fuera del hogar son supervisados después de la escuela

EVALUACIÓN

¿Puede usted...

- ✓ describir cómo funciona la coregulación y de qué manera cambian la disciplina y el manejo del conflicto familiar durante la niñez intermedia?

Guía

¿Cuáles son los efectos del trabajo de los progenitores y de la pobreza sobre la atmósfera familiar?

por niñeras o parientes; otros asisten a programas extraescolares estructurados. Igual que la adecuada atención para los preescolares, los buenos programas extraescolares tienen relativamente pocos alumnos, una baja proporción entre el número de niños y el personal, y empleados bien preparados (Rosenthal y Vandell, 1996). Se estima que 10% de los niños de 8 a 10 años de edad y 32% de los de 11 a 12 años cuidan habitualmente de sí mismos en sus hogares en ausencia de supervisión adulta (Hofferth, Brayfield, Deich y Holcomb, 1991). Esta medida puede dar resultado si el niño es maduro, responsable y listo, si sabe cómo obtener ayuda en caso de emergencia y si el progenitor permanece en contacto por teléfono.

A menudo una madre sola como la de Marian Anderson debe trabajar para evitar el desastre económico. La forma en la cual su trabajo afecta a sus hijos puede depender de cuánto tiempo y energía dispone para estar con ellos y la clase de modelo que les proporciona (B. L. Barber y Eccles, 1992); claramente, uno positivo en el caso de Annie Anderson.

Cuanto más satisfecha se encuentre una madre con su condición laboral, mayor es la probabilidad de su eficiencia como progenitora (Parke y Buriel, 1998). Muchas madres empleadas se sienten más competentes, económicamente seguras y más a cargo de sus vidas que aquellas que no trabajan por un salario (Demo, 1992).

Los hijos escolares de madres empleadas suelen vivir en hogares más estructurados que los niños de mujeres dedicadas completamente al hogar, con reglas definidas que les conceden más responsabilidades domésticas. También son instados a ser más independientes (Bronfenbrenner y Crouter, 1982) y tienen actitudes más igualitarias respecto a los papeles de género (Parke y Buriel, 1998).

¿Cómo afecta el empleo de la madre el logro escolar? Tanto los niños como las niñas de familias de bajos ingresos parecen beneficiarse académicamente del entorno más favorable que puede ofrecer el ingreso de una madre asalariada (Goldberg, Greenberger y Nagel, 1996; Vandell y Ramanan, 1992). Sin embargo, en las familias de clase media los hijos varones de madres empleadas suelen tener un desempeño escolar inferior a los de las amas de casa, mientras las niñas generalmente tienen un desempeño similar o superior cuando sus madres trabajan (Goldberg *et al.*, 1996; Heyns y Catsambis, 1986). Estas diferencias de género en las familias de clase media pueden estar relacionadas con la mayor necesidad de supervisión y orientación por parte de los varones (Goldberg *et al.*, 1996). La independencia parece ayudar a las niñas a ser más competentes, a tener éxito en el colegio y mayor autoestima (Bronfenbrenner y Crouter, 1982).

A medida que los niños se aproximan a la adolescencia, la calidad del control de sus progenitores puede ser más importante que el hecho de que su madre trabaje por un salario. En un estudio, los niños varones de 9 a 12 años cuyos progenitores no supervisaron estrechamente sus actividades obtuvieron notas más bajas que aquellos vigilados de cerca (Crouter, MacDermid, McHale y Perry-Jenkins, 1990).

Pobreza y paternidad

La pobreza puede inspirar a personas como la madre de Marian Anderson a esforzarse y ofrecer una mejor vida a sus hijos, o puede derrumbar su espíritu. La pobreza puede afectar el desarrollo de los niños a través del impacto sobre el estado emocional de sus progenitores, sus prácticas de crianza y el entorno familiar creado por ellos (Brooks-Gunn y Duncan, 1997; Brooks-Gunn *et al.*, en prensa).

El análisis ecológico de Vonnie McLoyd (1990, 1998) sobre los efectos de la pobreza establece una ruta que conduce a la angustia psicológica del adulto, los efectos sobre la crianza del niño y finalmente a los problemas emocionales, académicos y comportamentales en los hijos. Los padres que habitan una vivienda humilde (o no tienen una), han perdido su trabajo, se preocupan por la próxima comida y sienten la falta de control sobre sus vidas tienen probabilidad de experimentar ansiedad, depresión o irritabilidad. Pueden tornarse menos afectuosos y demostrativos con sus hijos. Pueden disciplinarlos de manera inconsistente, ruda o arbitraria.

Es posible que ignoren el buen comportamiento y presten atención únicamente a la mala conducta. Los niños, a su vez, también suelen deprimirse, presentar problemas para relacionarse con sus compañeros, carecer de confianza en sí mismos e involucrarse en actos antisociales (Brooks-Gunn *et al.*, en prensa; McLoyd, 1990, 1998).

Es menos probable que las familias con tensiones económicas supervisen las actividades de sus hijos y tal falta de control se asocia con un desempeño escolar y adaptación social insuficientes (Bolger, Patterson, Thompson y Kupersmidt, 1995). En un estudio nacionalmente representativo que incluyó 11,760 niños de 6 a 17 años de edad, la tercera parte de quienes provenían de familias con ingresos por debajo del nivel de pobreza, se encontraban en cursos académicos inferiores a los normales para su edad (J. M. Fields y Smith, 1998).

La falta de recursos financieros puede dificultar que las madres y los padres se apoyen entre sí en cuanto a la crianza de sus hijos. Un estudio analizó a niños de 9 a 12 años de edad y a las parejas de progenitores, cuyos ingresos oscilaban entre 2,500 y 57,500 dólares. En muchas de las familias pobres, ambos laboraban en diversos trabajos agotadores para cubrir las necesidades elementales. Éstos eran menos optimistas y más depresivos que los progenitores de las familias más acomodadas. Ellos consideraban más difícil comunicarse y cooperar entre sí y a menudo peleaban con motivo de la crianza del niño. Estos mensajes contradictorios entre los padres dieron lugar a problemas académicos y comportamentales en los hijos (Brody *et al.*, 1994).

La pobreza persistente puede ser particularmente nociva. Entre 534 niños en edad escolar en Charlottesville, Virginia, aquellos provenientes de familias persistentemente pobres tuvieron menor autoestima, se relacionaron en forma menos adecuada con sus pares y tuvieron mayor probabilidad de presentar problemas del comportamiento que los niños cuyas familias experimentaban dificultades ocasionales o ninguna en absoluto (Bolger *et al.*, 1995).

El comportamiento antisocial suele originarse en la niñez temprana por razón de la combinación de un entorno familiar tenso y no estimulante, una rígida disciplina, la ausencia de calor materno y respaldo social, la exposición a la agresividad de los adultos y a la violencia en el vecindario, y grupos de pares temporales que impiden entablar amistades estables. A través de tan negativas experiencias de socialización, los niños que crecen en entornos pobres de alto riesgo pueden absorber las actitudes antisociales, en ocasiones pese a los mejores esfuerzos de sus padres (Dodge, Pettit y Bates, 1994).

No obstante, esta desoladora imagen no está grabada en roca. Los padres que pueden recurrir a sus parientes (como hizo Annie Anderson) o a representantes comunitarios en busca de apoyo emocional, de ayuda con el cuidado de los niños y de información sobre su crianza a menudo pueden formar a sus hijos más eficientemente.

Estructura familiar

En Estados Unidos las familias han cambiado considerablemente durante las últimas décadas. Aunque la mayoría de niños menores de 18 años viven con ambos padres, la proporción ha disminuido notablemente a partir de 1970 (véase figura 10-1). Muchas de las familias compuestas por padre y madre son familias políticas, resultantes del divorcio y las nuevas nupcias. También existe un número creciente de familias no tradicionales, incluyendo familias monoparentales, homosexuales y encabezadas por abuelos.

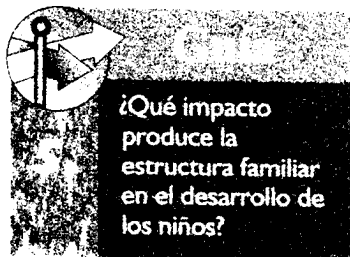
Familias tradicionales y no tradicionales: una visión general

La investigación ha descubierto que los niños suelen desenvolverse mejor en las **familias tradicionales (intactas)**, es decir, aquellas compuestas por ambos padres biológicos o por dos progenitores que adoptan un niño en sus primeros meses de vida (Bray y Hetherington, 1993; Bronstein, Clauson, Stoll y Abrams, 1993; D. A. Dawson, 1991; Hetherington, Bridges y Insabella, 1998). En un estudio nacional con 17,110 niños menores de 18 años, quienes vivían con sus madres solteras o

EVALUACIÓN

¿Puede usted...

- ✓ identificar las formas en las cuales el trabajo de los progenitores puede afectar a los hijos?
- ✓ analizar los efectos de la pobreza sobre la crianza de los niños?



familias tradicionales (intactas)

Familias que incluyen una pareja casada y sus hijos biológicos o niños adoptados en sus primeros meses de vida.

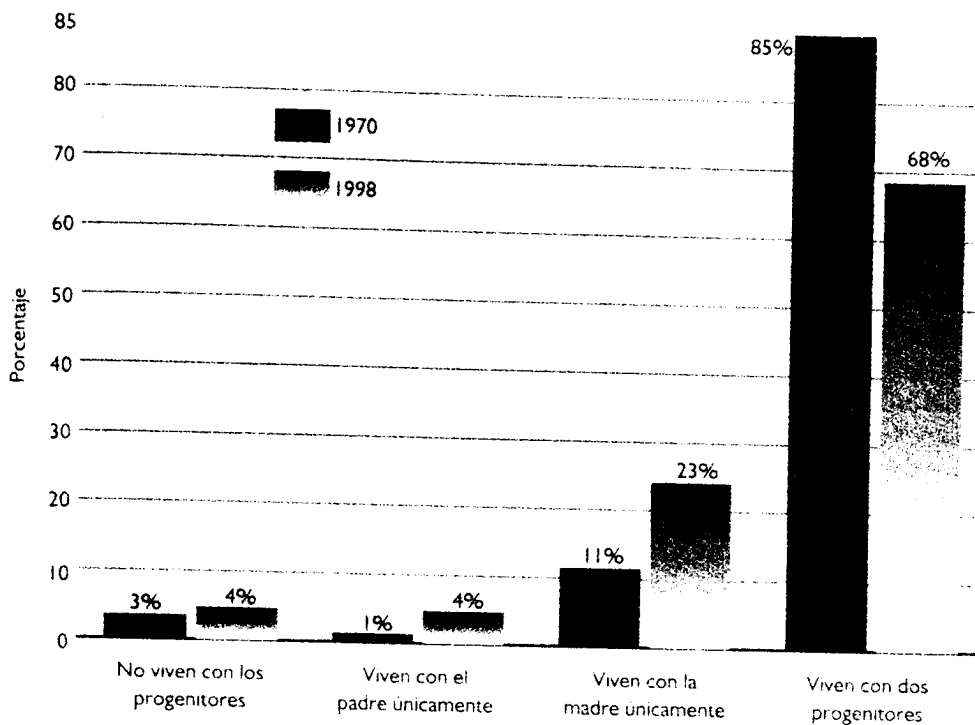


Figura 10-1

Distribución de la convivencia de los niños menores de 18 años entre 1970 y 1998. En Estados Unidos, la mayoría de niños menores de esta edad viven con dos progenitores, aunque esta proporción disminuyó durante el último cuarto de siglo. Muchas de estas familias compuestas por dos progenitores son familias políticas. Nota: Los porcentajes no suman 100% porque las cantidades fraccionarias se han reducido. Fuente: U. S. Department of Commerce, 1996; Lugala, 1998, tabla A.

nuevamente casadas, tenían mayor probabilidad de repetir un año escolar, haber sido expulsados, presentar problemas de salud o haber recibido tratamiento por problemas emocionales o comportamentales en el último año, que aquellos que vivían con ambos padres biológicos (D. A. Dawson, 1991). Los niños de familias divorciadas y recompuestas también tienen mayor probabilidad de ser socialmente menos responsables y competentes, pensar menos en ellos mismos y tener problemas con sus progenitores, hermanos y pares (Hetherington *et al.*, 1998).

La estructura de la familia en sí misma es menos importante que su efecto sobre la atmósfera familiar. Las familias tradicionales no han tenido que afrontar el estrés y la perturbación provocados por el divorcio o la muerte de un progenitor; las presiones económicas, psicológicas y de tiempo que afrontan los padres solteros; o la eventual necesidad de adaptarse a un nuevo hogar o matrimonio. No sólo los cambios objetivos en la vida familiar sino las respuestas emocionales de los progenitores a los mismos pueden ser motivo de estrés para los niños. Lo que más puede afectarlos es cómo estas tensiones influyen en el funcionamiento cotidiano de la familia ocasionando cambios en los papeles, las relaciones y las prácticas de crianza (Hetherington *et al.*, 1998).

Entre 136 niños de quinto grado, quienes tenían familias intactas estaban mejor adaptados que los demás niños. Los progenitores tradicionales realizaban más actividades con sus hijos, hablaban más con ellos, los disciplinaban más adecuadamente y tenían mayor posibilidad de compartir las responsabilidades de la paternidad más cooperativamente que los no tradicionales. No sorprende que los niños de las familias intactas estuvieran mejor adaptados. Las deficiencias en las relaciones familiares en los hogares de madres solteras estuvieron casi completamente vinculadas a la condición socioeconómica (Bronstein *et al.*, 1993). Sin embargo, en otros estudios, incluso cuando se excluyó el ingreso, los niños de familias divorciadas presentaron mayores problemas que los de las familias intactas (Hetherington *et al.*, 1998).

En la familia tradicional, la participación del padre generalmente es mayor cuando existe por lo menos un hijo varón. Los padres tienen mayor probabilidad de jugar, supervisar y disciplinar a los niños que a las niñas. El compromiso de un padre con sus hijos puede ser un indicador de si los progenitores permanecerán juntos. Cuando el padre está muy comprometido, es probable que la madre se sienta más satisfecha y espere que el matrimonio perdure (Katzev, Warner y Acock, 1994).

Familias adoptivas

Anna Victoria Finlay, quien nació en Santiago de Chile, es la hija adoptiva de Diane E. Papalia, una de las autoras de este libro. Anna hace parte del aproximadamente 2% de los niños que en Estados Unidos son adoptados por personas ajenas a la familia (Brodzinsky, 1993). Las parejas casadas, los individuos solteros, las personas mayores y las parejas homosexuales se han convertido en padres adoptivos. En general, cerca de 60% de las adopciones legales son hechas por parientes, comúnmente los padrastros y madrastras o los abuelos (Goodman, Emery y Haugaard, 1998; Haugaard, 1998).

Los avances en la anticoncepción y la legalización del aborto han reducido en Estados Unidos el número de bebés blancos sanos y adoptables. El porcentaje de bebés nacidos de mujeres blancas solteras, quienes eran dados en adopción disminuyó de 19.3 a comienzos de la década de 1970 hasta sólo 1.7% a comienzos de 1990 (Chandra, Abma, Maza y Bachrach, 1999). Es mucho menos probable que las mujeres negras den a sus bebés en adopción. Por tanto, un elevado porcentaje de los niños actualmente disponibles para la adopción son discapacitados, mayores de 2 años o de origen extranjero. Las adopciones pueden tener lugar a través de agencias públicas o privadas o por medio de acuerdos independientes ente los padres biológicos y los adoptivos. Estas últimas adopciones son cada vez más frecuentes (Brodzinsky, 1997; Goodman *et al.*, 1998).

La adopción de un niño implica desafíos especiales. Además de los aspectos habituales de la paternidad, los padres adoptivos deben manejar la integración del niño a la familia, explicarle su situación, ayudarlo a desarrollar un sano sentido de sí mismo y quizá eventualmente colaborar para que contacte a sus padres biológicos.

Una creencia común es que los hijos adoptivos están destinados a presentar problemas puesto que han sido privados de sus padres biológicos. Una revisión de la literatura encontró pocas diferencias significativas en la adaptación entre estos niños y los no adoptados. Los problemas que se presentaron ocurrieron principalmente alrededor de la época de la maduración sexual (Goodman *et al.*, 1998). Los niños adoptados durante sus primeros meses de vida son los que tienen menor probabilidad de experimentar problemas de adaptación (Sharma, McGue y Benson, 1996b).

¿Existe alguna diferencia al adoptar un niño nacido en el extranjero? Varios estudios no han encontrado efectos perjudiciales (Sharma, McGue y Benson, 1996a). Un estudio evaluó a 100 familias israelíes, la mitad de las cuales habían adoptado niños sudamericanos y la otra mitad niños de su propio país. Los dos grupos de niños de 7 a 13 años de edad, todos los cuales habían sido adoptados poco después de su nacimiento, no demostraron diferencias significativas en cuanto a su adaptación psicológica, ajuste y desempeño escolar, el comportamiento observado en el hogar o la forma en la cual afrontaron el hecho de ser adoptados (Levy-Shiff, Zoran y Shulman, 1997).

Tradicionalmente, las adopciones eran confidenciales, no existía contacto entre la madre biológica y los padres adoptivos y la identidad de ésta era mantenida en secreto. En los últimos años, la **adopción abierta**, en la cual las partes comparten información o tienen contacto directo, se ha hecho más frecuente. Contrario a lo que en ocasiones se considera como un riesgo de la adopción abierta, un estudio descubrió que con el contacto directo los padres adoptivos suelen sentirse más seguros respecto a la persistencia del acuerdo y que la madre biológica no intentará reclamar al niño. Al mismo tiempo, están más dispuestos a admitir el interés del niño por conocer sus orígenes (Grotevant, McRoy, Elde y Fravel, 1994). En una encuesta a 1,059 familias californianas que habían adoptado niños tres años antes, el que la adopción fuera abierta o no aparentemente no tuvo relación con la adaptación de los niños o la satisfacción de los progenitores con la adopción, las cuales eran muy elevadas (Berry, Dylla, Barth y Needell, 1998).

Cuando los padres se divorcian

El número anual de divorcios se ha triplicado desde 1960; más de un millón de niños están involucrados en divorcios cada año (Harvey y Pauwels, 1999). Pese a lo

adopción abierta

Adopción en la cual los padres biológicos y adoptivos conocen sus respectivas identidades y comparten información o tienen contacto directo entre sí.

infeliz que haya sido el matrimonio, su ruptura generalmente constituye un golpe para el niño. Los hijos pueden sentirse temerosos respecto al futuro, culpables por su propio papel (casi siempre imaginario) como causa del divorcio, lastimados por el progenitor que se ausenta y enfadados con ambos padres.

Adaptación al divorcio La mayoría de niños afectados por el divorcio generalmente se readaptan (Masten, Best y Garmezy, 1990). Aunque los distintos niños reaccionan en forma diferente, la readaptación a menudo comprende seis "tareas" (Wallerstein, 1983; Wallerstein y Kelly, 1980): 1) reconocer la realidad de la ruptura matrimonial; 2) separarse del conflicto y angustia paternos y reanudar las actividades acostumbradas; 3) aceptar la pérdida del progenitor con el cual no conviven, de la seguridad de sentirse amados y cuidados por ambos progenitores, de las rutinas cotidianas y de las tradiciones familiares; 4) elaborar la ira y la autoinculpación; 5) aceptar la permanencia del divorcio y 6) construir esperanzas realistas para sus propias relaciones íntimas.

¿Qué factores influyen en la adaptación de un niño al divorcio? La edad o madurez, el sexo, el temperamento y el ajuste psicológico y social del niño son elementos importantes. También lo es la forma en la cual los progenitores manejan aspectos como la custodia y los acuerdos para las visitas, las finanzas, la reorganización de las responsabilidades domésticas, el contacto con el progenitor que no tiene la custodia, las nuevas nupcias y la relación del niño con su padrastro o madrastra.

Aunque con motivo del divorcio los niños pequeños se sienten más ansiosos, tienen una percepción menos realista de sus causas y mayor probabilidad de culparse a sí mismos, ellos pueden adaptarse más rápidamente que los niños mayores, quienes comprenden mejor lo que está sucediendo. Los niños en edad escolar son sensibles a las presiones de sus progenitores y a los conflictos por la lealtad; igual que los pequeños, pueden sentir temor por el abandono y el rechazo. Por lo general, la adaptación es más difícil para los niños que para las niñas. Sin embargo, esta diferencia puede ser menos significativa de lo que se creía anteriormente y depender mucho de lo comprometido que permanezca el padre (Bray, 1991; Hetherington, Stanley-Hagan y Anderson, 1989; Hetherington *et al.*, 1998; Hines, 1997; Masten *et al.*, 1990; Parke y Buriel, 1998).



Los hijos del divorcio tienden a adaptarse mejor si tienen un contacto confiable y frecuente con el progenitor que no obtiene la custodia, generalmente el padre.

En la mayoría de los casos de divorcio la madre obtiene la custodia, aunque los padres están obteniéndola cada vez con mayor frecuencia (Meyer y Garasky, 1993). Los niños suelen desenvolverse mejor cuando el progenitor que tiene la custodia crea un entorno estable, estructurado y formativo y no espera que los niños asuman una responsabilidad mayor que aquella para la cual están preparados (Hetherington *et al.*, 1989).

Los niños varones resultan especialmente beneficiados del contacto confiable y frecuente con su padre, cuando éste no obtiene la custodia (J. B. Kelly, 1987). Cuanto más reciente sea la separación, más cerca resida él de sus hijos y más elevada sea su condición socioeconómica, será más probable que su compromiso sea mayor (Amato y Keith, 1991a; Parke y Buriel, 1998). Es más probable que los padres que no detentan la custodia pierdan el contacto después de tener hijos propios en un nuevo matrimonio (Cooksey y Craig, 1998). Las madres que no tienen la custodia mantienen un contacto dos veces más frecuente con sus hijos que los padres en igualdad de condiciones y es menos probable que rompan el contacto tras contraer nuevamente matrimonio (Hetherington *et al.*, 1998). Después de un divorcio o separación, los niños que viven con sus madres se desempeñan mejor en el colegio si sostienen una relación cálida y sensible con sus padres (Coley, 1998). También tienen un mejor desempeño académico si sus padres están involucrados en sus colegios (National Center for Education Statistics [NCES], 1998b).

La investigación ha encontrado pocas ventajas en la *custodia conjunta*, o cuidado compartido por ambos padres (Hetherington *et al.*, 1998). Cuando los progenitores adquieren la custodia *legal* conjunta, comparten el derecho y la responsabilidad de tomar decisiones relacionadas con el bienestar del niño. Cuando comparten la custodia *física* (lo cual es menos común), se supone que el niño vive parte del tiempo con cada uno de ellos. El principal determinante del éxito de la custodia conjunta es la cantidad de conflicto entre los progenitores (Parke y Buriel, 1998). En un estudio con 1,100 familias con ambos tipos de custodia conjunta realizado durante tres años, sólo una cuarta parte de los progenitores cooperaban entre sí, más de la cuarta parte eran hostiles y el resto evitaban el contacto (Maccoby y Mnookin, 1992).

Los problemas emocionales y comportamentales de los niños pueden derivarse del conflicto de los padres, tanto antes como después del divorcio, y de la separación misma (Amato, Kurdek, Demo y Allen, 1993; E. M. Cummings, 1994; Parke y Buriel, 1998; véase sección 10-1). Si los progenitores pueden controlar su ira, cooperar en sus obligaciones como padres y evitar la exposición de los niños a las disputas, es menos probable que los hijos presenten problemas (Bray y Hetherington, 1993; Hetherington *et al.*, 1989). Infortunadamente, las tensiones del divorcio no permiten que los integrantes de la pareja sean padres eficientes (Hines, 1997).

Aunque la mayoría de hijos del divorcio con el tiempo se adaptan razonablemente bien, algunos continúan presentando problemas. Ellos tienen una probabilidad dos veces mayor de desertar en la secundaria que los niños de las familias intactas (McLanahan y Sandefur, 1994). Los lazos familiares pueden debilitarse, lo que conduce en ocasiones al comportamiento antisocial (Parke y Buriel, 1998). No obstante, dado que toda la investigación relacionada con los efectos del divorcio es correlacional, no podemos estar seguros de que el divorcio haya causado los problemas posteriores de los niños. Ellos pueden estar aún reaccionando al conflicto que precedió o rodeó a la disolución del matrimonio.

Un análisis de 37 estudios que involucraron a más de 81,000 personas encontró que los hijos adultos de padres divorciados suelen ser ligeramente más depresivos, presentar más problemas conyugales, ser menos saludables y estar en condiciones socioeconómicas inferiores que los adultos que crecieron en familias intactas (Amato y Keith, 1991b). Estas diferencias fueron pequeñas y fueron más pronunciadas en las personas que habían buscado consejería o terapia. La asociación entre el divorcio de los padres y los problemas en la edad adulta fue más débil que en los estudios previos, quizá porque el divorcio es un evento más normativo de lo que solía ser. En un estudio británico nacionalmente representativo basado en los datos recolectados desde el nacimiento de los niños, la gran mayoría de aquellos cuyos pa-



Una generación atrás, cuando el divorcio era mucho menos común que hoy en día, se consideraba que las parejas con problemas debían permanecer juntas por el bien de los hijos. La investigación más reciente ha descubierto que los conflictos conyugales son más nocivos para los niños que el divorcio, que éstos se adaptan mejor si crecen en un hogar monoparental armonioso que en un hogar integrado por ambos progenitores pero marcado por la discordia y el descontento (Hetherington *et al.*, 1998; Hetherington y Stanley-Hagan, 1999). Sin embargo, tal hallazgo puede precisar cierta justificación.

Indudablemente, observar las peleas de los padres puede ser difícil para los niños. Además de la angustia, la preocupación o el temor que pueden sentir, la disensión conyugal puede afectar la forma en la cual los padres tratan a sus hijos y disminuir la dedicación a sus necesidades. Los pequeños que crecen en una atmósfera de ira y discordia entre sus padres suelen ser agresivos; las niñas generalmente se aíslan y son ansiosas. Los niños no se acostumburan al conflicto conyugal; cuanto más expuestos están a él, más sensibles son al mismo (E. M. Cummings, 1994). Ellos consideran las peleas conyugales dañinas como amenazas para su propia seguridad y la de la familia (Davies y Cummings, 1998).

En un estudio, niños de 5 años cuyos padres expresaban su ira aislándose emocionalmente durante los conflictos con sus esposas, tendieron a ser considerados por sus profesores 3 años después como autoinculcados, angustiados y avergonzados. A la edad de 8 años, aquellos cuyos progenitores se insultaban, ridiculizaban y desacreditaban entre sí, tuvieron probabilidad de ser desobedientes, reacios a obedecer las reglas e incapaces de esperar su turno. Estos patrones persistieron bien fuera que sus padres estuvieran o no separados para entonces (Katz y Gottman, 1993).

Sin embargo, no todo conflicto es destructivo. Cuando los niños observan que sus padres pueden resolver sus disputas —en especial si ellos aclaran que éstas no eran culpa del niño— aprenden que el conflicto es normal y puede manejarse constructivamente (E. M. Cummings, 1994). Presenciar los desacuerdos entre sus progenitores puede ayudar a los niños a aprender a controlar sus propias emociones y a resolver sus conflictos interpersonales. Los en-

frentamientos violentos, los conflictos relacionados con el niño a los cuales él está expuesto directamente y aquellos en los que éste se siente atrapado en medio de ambos padres son los más nocivos (Hetherington y Stanley-Hagan, 1999).

La cantidad de conflictos en un matrimonio puede significar una diferencia. Un estudio longitudinal a 15 años, que siguió a una muestra nacional compuesta inicialmente por 2,033 parejas casadas (Amato y Booth, 1997), sugiere que sólo en cerca de 30% de los divorcios de parejas con hijos existe tanta discordia que los niños estarían mejor si el matrimonio terminara. Según esta investigación, cerca de 70% de los casos corresponden a parejas con escaso conflicto, en los cuales los niños resultarían beneficiados “si los padres permanecieran juntos hasta que los niños crecieran” (p. 238).

En numerosas familias divorciadas —una de cada cinco— el conflicto continúa o empeora. Dos años después del divorcio, los niños sufren más por la disensión en una familia divorciada que los niños de las no divorciadas. Por tanto, si el conflicto va a *persistir*, los niños pueden estar mejor en un hogar acrimonioso que si sus padres se divorcian. Por otra parte, si el conflicto *disminuye* luego del divorcio, los niños pueden estar mejor que antes. Infortunadamente, no siempre es fácil de anticipar la cantidad de disputa después del divorcio (Hetherington y Stanley-Hagan, 1999).

Al evaluar los efectos del divorcio resulta entonces necesario observar la circunstancias particulares. En ocasiones éste puede mejorar la situación de un niño al reducir la cantidad de conflicto dentro de la familia mientras en otras no. Las características personales de los niños establecen una diferencia; los niños inteligentes, socialmente competentes sin problemas serios del comportamiento, aquellos que tienen un sentido de control sobre sus propias vidas pueden afrontar mejor tanto el conflicto entre sus padres como el divorcio (Hetherington y Stanley-Hagan, 1999). Aunque los efectos inmediatos del rompimiento conyugal pueden ser traumáticos, a largo plazo algunos jovencitos pueden beneficiarse al haber aprendido nuevas habilidades de afrontamiento que los convierten en personas más competentes e independientes (B. L. Barber y Eccles, 1992).

dres se habían divorciado se desempeñaba adecuadamente alrededor de los 20 años de edad (Chase-Lansdale, Cherlin y Kiernan, 1995). En Estados Unidos, entre 1973 y 1996, las probabilidades que tenían los hijos del divorcio de poner fin a sus propios matrimonios disminuyeron cerca de 50%, de 2.5 a 1.4, siendo similar al de los hijos de las familias intactas (Wolfinger, 1999).

Vivir en una familia monoparental

Las familias monoparentales son resultado del divorcio o la separación, de la procreación sin haber contraído matrimonio o de la viudez. A partir de 1960, el núme-

ro de familias monoparentales en Estados Unidos se ha cuadruplicado (Harvey y Pauwels, 1999). Actualmente un niño tiene una probabilidad de 50% o mayor de vivir en algún momento con un sólo progenitor, por lo general la madre (Bianchi, 1995; Hines, 1997; NCES, 1998b). Los niños de familias divorciadas casi siempre pasan cinco años en el hogar monoparental, en particular el materno, antes de que el progenitor con el cual residen contraiga matrimonio nuevamente (Bray y Hetherington, 1993).

Aunque el crecimiento de las familias monoparentales es ahora más lento, en 1998 ellas totalizaban aproximadamente 32% de las familias estadounidenses con hijos menores de 18 años—62% de las familias afroamericanas, 36% de las hispanas y 27% de las blancas— en comparación con sólo 13% del total de familias en 1970 (Bryson, 1996; U. S. Bureau of the Census, 1998). Estados Unidos tiene el mayor porcentaje de familias monoparentales entre 8 países industrializados: Australia, Francia, Japón, Suecia, Reino Unido, Estados Unidos, la antigua Unión Soviética y Alemania Federal (A. Burns, 1992). En Canadá la proporción de tales familias en 1996 era de 15%, menos de la mitad de la tasa estadounidense (Statistics Canada, 1996).

En 1998, aproximadamente 84% de los niños estadounidenses que residían con un sólo progenitor vivían con sus madres (Lugaila, 1998): el número de familias monoparentales encabezadas por el padre ha aumentado más de cuatro veces a partir de 1974, supuestamente debido ante todo al aumento del número de padres que obtienen la custodia después del divorcio (Garasky y Meyer, 1996; U. S. Bureau of the Census, 1998). En 1998, cerca de la sexta parte de todas las familias monoparentales estaban encabezadas por los padres (U. S. Bureau of the Census, 1998).

A partir de 1970, la maternidad tardía y la soltería materna han creado un mayor número de familias de madres solteras que el divorcio (Bianchi, 1995). En 1994, aproximadamente uno de cada 3 nacimientos—en comparación con menos de 1 por cada 25 en 1940— correspondía a madres solteras (National Center for Health Statistics [NCHS], 1993, 1994b; Rosenberg, Ventura, Maurer, Heuser y Freedman, 1996). La tendencia ha sido especialmente marcada entre las mujeres blancas y profesionales (Bachu, 1993; U. S. Bureau of the Census, 1993c). En 1998, las madres de aproximadamente 4 de cada 10 niños que vivían sólo con sus progenitoras, nunca habían estado casadas (Lugaila, 1998). Los nacimientos extramatrimoniales también han aumentado considerablemente en muchos otros países desarrollados (Bruce, Lloyd y Leonard, 1995; WuDunn, 1996).

En comparación con los niños de las familias intactas, los de las familias monoparentales experimentan más problemas académicos y del comportamiento, especialmente cuando la ausencia de un progenitor se debe al divorcio (Hetherington *et al.*, 1998; Walker y Hennig, 1997). Los niños de las familias monoparentales deben arreglárselas por su propia cuenta. Ellos tienen mayor responsabilidad en el hogar, más conflicto con sus hermanos, menor cohesión familiar y menos respaldo, control o disciplina de parte de su padre, si es éste quien está ausente del hogar (Amato, 1987; Coley, 1998; Walker y Hennig, 1997). Los padres solteros suelen estar más satisfechos con la paternidad y manifestar menos problemas respecto al comportamiento de sus hijos que las madres solteras (Walker y Hennig, 1997).

Los niños de las familias monoparentales tienen una probabilidad dispar de ser pobres y las dificultades económicas pueden producir efectos negativos sobre su salud, bienestar y logros escolares. En comparación con las familias encabezadas por el padre, un número casi tres veces mayor de hogares dirigidos sólo por la madre son pobres, 13 y 35%, respectivamente (U. S. Bureau of the Census, 1996a).

En general, se piensa que la mayoría de las familias dirigidas sólo por la madre sufren con motivo de su ingreso considerablemente reducido tras el divorcio y el incumplimiento del padre en el pago de la manutención del niño. Sin embargo, un estudio de una muestra al azar integrada por 378 parejas divorciadas en el condado de Maricopa en Arizona realizado en 1986, sugiere que los datos que respaldan esta creencia pueden tener defectos metodológicos (Braver y O'Connell, 1998).

En primer lugar, las estadísticas de la oficina del censo respecto a la manutención de los niños están basadas en los informes maternos. No sorprende que los investigadores del condado de Maricopa hubieran encontrado una amplia disparidad entre lo que los padres dicen haber pagado y lo que las madres que detentan la custodia manifiestan haber recibido. Los hallazgos sugieren que los padres (mientras tengan un empleo) pagan más de lo que generalmente se estipula. En cuanto a la tan deplorada "feminización de la pobreza", los investigadores encontraron que, en promedio, a hombres y mujeres suele irles económicamente igual después del divorcio. Ellos llegaron a esta conclusión teniendo en cuenta factores como las ventajas impositivas para la madre que obtiene la custodia, los costos que implica establecer un nuevo hogar, otros gastos "encubiertos" para el padre que no logra la custodia y la dificultad de establecer niveles de pobreza equivalentes para hogares de diferentes tamaños. El análisis demostró que los hogares de las madres solteras que *nunca habían estado casadas* —muchas de las cuales son adolescentes de baja extracción socioeconómica— pero *no* los de las madres divorciadas, suelen estar por debajo del nivel de pobreza (Braver y O'Connell, 1998)

Vivir en una familia recompuesta

Dado que cerca de 75% de las madres y 80% de los padres divorciados contraen matrimonio nuevamente, las familias integradas por "los míos, los tuyos y los nuestros" son comunes. Un 86% de los niños de tales uniones viven con su madre biológica y su padrastro (Bray y Hetherington, 1993).

La familia política —también denominada *mixta* o *recompuesta*— es diferente de la familia "natural". Posee una estructura más grande, la cual puede incluir los parientes de hasta cuatro adultos (la pareja que ha contraído nuevamente matrimonio más uno o dos cónyuges anteriores) y numerosos factores de estrés. Debido a las pérdidas por muerte o divorcio, los niños y los adultos pueden sentirse temerosos de confiar o amar. La lealtad de un niño hacia un progenitor ausente o fallecido puede impedir la formación de lazos con su padrastro o madrastra. A menudo reaparecen los problemas comportamentales y emocionales del pasado. La adaptación es más difícil cuando hay muchos niños, incluyendo los de los matrimonios previos del hombre y la mujer o cuando nace un nuevo niño (Hetherington *et al.*, 1989). Además, debido a que el incremento de las familias recompuestas es bastante reciente, las expectativas sociales de tales familias no se han establecido. Al combinar dos unidades familiares, cada una con su propia red de costumbres y relaciones, las familias recompuestas deben hallar formas particulares de hacer las cosas (Hines, 1997). Por estas razones, entre otras, el nuevo matrimonio tiene mayor probabilidad de fracasar que el primero, especialmente durante los 5 años iniciales (Parke y Buriel, 1998).

Los hallazgos sobre el impacto del nuevo matrimonio en los niños son heterogéneos (Parke y Buriel, 1998). Algunos estudios han encontrado que los varones, quienes a menudo tienen mayores dificultades que las niñas para adaptarse al divorcio y vivir con un único progenitor (usualmente la madre), se benefician con la presencia del padrastro. Las niñas, por el contrario, pueden considerar que el nuevo hombre en el hogar amenaza su independencia y su estrecha relación con la madre y tienen menor probabilidad de aceptarlo (Bray y Hetherington, 1993; Hetherington, 1987; Hetherington *et al.*, 1989; Hetherington *et al.*, 1998; Hines, 1997).

A menudo los padrastros y madrastras asumen la actitud de no inmiscuirse en los asuntos de los hijos del progenitor que tiene la custodia, aunque las madrastras pueden asumir, o se espera que asuman, un papel más activo que los padrastros (Hetherington *et al.*, 1989; Hetherington *et al.*, 1998; Parke y Buriel, 1998; Santrock, Sitterle y Warshak, 1988). Sin embargo, los lazos más firmes del hijastro siguen siendo con el progenitor custodio. La vida generalmente es más fácil cuando los padrastros y madrastras respaldan al progenitor natural y no tratan de intervenir (Hetherington *et al.*, 1998).

Considere lo siguiente...

- Si las condiciones económicas lo permiten, ¿deberían el padre o la madre permanecer en casa cuidando a sus niños?
- ¿Aconsejaría usted a los padres que desean divorciarse permanecer juntos hasta que sus hijos hayan crecido? Explique sus razones.

